

Edward

Ventana de hotel

Aura de ausencia, vértigo de no ser
—¿podré algún día expresar qué pasó?—
No fue nada, en verdad, o apenas nada.

Asomado a la tarde a la ventana
veía unos taxis o sombras de unos taxis
alineados enfrente, uno tras otro,

transportadores prestos a cruzar
un gran abismo. Toda la tarde el portero,
un Caronte silbando entre fantasmas,

voceaba órdenes y azotaba puertas
desde su orilla en el creciente tráfico.
Desaparecía la gente dentro de los coches

—gente normal, turistas, comerciantes—
mientras la niebla adensaba los rasgos
de la ciudad, vaciándole el color. No sé cuánto

estuve allí donde la oscuridad
inundaba hasta el aire, y de repente,
cuando pasó, pareció que todo estaba dis-

locado, cargado de su propia inexistencia,
como si ahí emergiera un vasto lago hundido
invisible —permanente— desde el suelo.

Al mismo tiempo nada había cambiado,
los pasos seguían su eco en el pasillo
y las risas escalaban el barandal,

los pasajeros se lanzaban a los taxis
sin nunca darse cuenta que zarpaban
a un viaje fuera de su propio cuerpo.

Sentí dentro de mí un vacío nauseabundo
—intangibile e inhóspito— y me acuerdo
de yacer boca abajo en el piso del cuarto...

Sonó el teléfono y todo había pasado.
Nada había sucedido —solo tomó un instante—
y era mareante, inagotable, eterno.

De *On Love* (1998)

La bienvenida

Después de la larga sequía
y el estéril silencio,
Después de siete años de clínicas de fertilidad
De médicos y curanderos
que soñaban con lluvia,
Después de las lluvias y las drogas
—que para nada engendraron un hijo—

Lo que para otros es natural
ha sido cultural para nosotros:
Servicios sociales y abogados,
investigación del hogar y juzgados,
Pasaportes, órdenes de interlocución, un certificado
de nacimiento
que no será expedido hasta pasado un año,
una marea de inducciones, jurisdicciones,
apretones de mano,
Todo el mundo alrededor de traje negro
diciendo que sí, eso pensamos, sí...

No ha pasado ni un mes y ya
quiero sacarte
fuera de la oscuridad,
fuera de los hondos bolsillos del silencio...

Al mismo tiempo que pasabas tu quinto día
bajo luces brillantes en un nuevo mundo,
Nosotros viajábamos
de Roma a Nueva Orleans,
Veintitrés horas de angustia y aviones,
Instrucciones en dos idiomas,
música por audífonos color crema,
jet lags en lugar de labores,

Y al otro lado de un arco iris
de banderines en el French Quarter,
una fila de quinceañeros celebrando
en Jackson Square, los tranvías
De St. Charles Avenue zumbando calle arriba y calle abajo
Las majestuosas y destartaladas mansiones sureñas
guiñándonos el ojo
detrás de nogales y magnolias de hojas oscuras.

Hirsch

Traducción de Pedro Serrano



Estabas por ahí en algún lado,
parpadeando, comiendo omnívoro
en brazos de una enfermera, durmiendo,
¿Pero quién podía seguir durmiendo
fuera del inocente y el omiso,
Quién podía soñar?

Cuán irreal fue conducir
por las estrechas y torcidas calles
de una ciudad americana desconocida
y llegar luego al bungalow vacío
de un amigo de un amigo.

Afuera, los árboles se mecían suavemente
bajo una cuna de luz de luna
Mientras adentro las duelas del piso se pandeaban
y rechinaban, el aire acondicionado coceaba
en el cuarto de al lado, en otoño,
y un gato invisible chillaba —el chillido de un bebé—
y deambulaba por el sótano a las 4 a.m.

Toda la noche estuvimos fondeando
en la bahía de la ventana,
en el borde de un cielo curvo
en que la luna se mecía
y las estrellas eran pequeños peces crecientes
nadando en un líquido amniótico.

Había un crujir profundo bajo tierra,
Y nuestros sentimientos iban y venían, como olas.

Hacia los vagos temores del amanecer,
Hacia las primeras luces de calor azul rosado
del amanecer surgiendo por el oriente,

Lo único en lo que podíamos pensar
era en firmar los papeles
en una parroquia del barrio,
en el teléfono negro que sonaría
en cualquier momento, una sola vez,
en el viaje lento de la abogada al hospital
con un asiento de niño
bien fijo en el coche. Tú esperabas:
Nadadorcillo, las enfermeras de Touro
no querían entregarte
a esa otra vida en nuestros brazos...

Pero así estaba escrito:

En el sexto día,
Después de cinco días y sus noches en esta tierra
Fuiste finalmente entregado
a nuestro cuidado,
Un viajero rugoso venido de muy lejos
que había viajado una gran distancia,
Un dulce ángel aborígen
con vida propia,
Un palpitante bulto de instintos y nervios
—dedos perfectos, pies perfectos,
brillante piel, ojos azules soñadores
asomando en tu perfectamente formada cabeza—

Oh gimiente mensajero,
Oh valiente llorón de cuerpo entero
de lo abandonado y lo escogido,
Oh trompeta de risa, oh Gabriel,
eterna dicha...

De *Earthly Measures* (1994)

Edward Hirsch nació en Chicago en 1950. Ha publicado siete libros de poemas, el último de los cuales, *The Living Fire* (El fuego vivo), es una selección que incluye poemas nuevos. Tiene también tres libros de ensayo sobre poesía, entre ellos *Cómo leer un poema* y *enamorarse de la poesía*, que ha sido un éxito de ventas en Estados Unidos. Ha obtenido también varios premios importantes en su país. Fue profesor de letras inglesas y de creación literaria en la Universidad de Houston y actualmente es el presidente de la Fundación Guggenheim.